

no se realiza todavía en las orquestaciones admirablemente afinadas de los últimos tiempos. Poco a poco, algunas telas admirables de justeza van adquiriendo un total tan perfeccionado y concordante en todos sus matices que, no obstante estar trabajadas sus secciones repetidas, rinden con extremada sutileza la impresión de un momento. Allí el artista deja de lado todo contraste de luz y sombra y consigue realizar en una tonalidad gris un juego de matización tan rico como amable y suave. Yo no puedo negar que en algún momento la bella templanza de Burchard pareció perturbarse, posiblemente con la algarada de coloretos discordantes de cierto desgraciado modernismo y sus tonalidades cayeron ligeramente en la tinta. No tarda en salir airoso de la prueba y su pintura alcanza la naturalidad armoniosa en que le encontramos hoy en día, en que parece haber abandonado deliberadamente toda descripción topográfica en su paisaje para dejar, como principalísimo motivo de sus telas, las afinaciones del color luminoso. Pero no se piense que se trata aquí de orgías de color, ni de colores del tubo. Nada es más opuesto al temperamento de Burchard que la incontinencia. Como todo artista que se renueva cada vez que trabaja,

se diría que investiga y tiembla de emoción en cada nueva tentativa. Es que su actitud delante de la naturaleza y el arte es, a la manera del gran Cézanne, la del eterno estudiante. Por eso es que no le vemos detenerse en fórmulas, ni se le siente virtuoso de malabarismos insulsos.

En líneas generales, es así como puedo apreciar la labor de un artista, a quien debo muy buenos consejos y mejores ejemplos y con quien me ha ligado durante largos años fraternal amistad. No sin pesar renuncié a extenderme en consideraciones sobre la condición de sus dibujos que me han parecido siempre de la mejor calidad. Aquí Burchard, con la voluntad del artista, se esfuerza en buscar el carácter de su modelo al mismo tiempo que un sentido de austera elegancia. Sus acuarelas son otro aspecto de su obra que merecería capítulo aparte. Yo me resigno a dejar a otros o a otra ocasión lo que no puedo realizar hoy día, pero no será sin ofrecer, desde estas columnas, que, honrándome mucho, me ofrece la Facultad de Bellas Artes, el homenaje de mi admiración al maestro que es honra de la Facultad.

Jorge Letelier.

GEORG WALTER RÖSSNER

EL profesor Rössner, de la Escuela de Artes de Berlín llegó hasta nosotros en virtud del intercambio de profesores y de alumnos ofrecido a Chile por el Gobierno alemán. Para nosotros el convenio significa un doble beneficio: primero, la presencia aquí de una personalidad, cuya experiencia y capacidad

podrán ser útiles en la proporción misma de la inteligencia que demuestren los chilenos para aprovecharla; segundo, merced a este intercambio tres artistas chilenos residen, en este momento en Alemania, de donde traerán un valioso aporte de ideas que renovará una vez más a nuestro ambiente, que en razón de su distanciamiento de los centros culturales y

«De paseo»

Georg Walter Rössner

Oleo



«La ballestera»

Georg Walter Rössner

Oleo

«En traje antiguo»

Georg Walter Rössner

Oleo





«Jóvenes alumnos de pintura». Georg Walter Rössner.—Oleo.

del aislamiento consiguiente tiende constantemente a estagnarse.

Hizo el señor Rössner sus humanidades en Leipzig, las cuales terminadas abandonó la ciudad para iniciar en Berlín sus estudios artísticos, bajo la dirección del maestro alemán Luis Corinth. Fué premio de Roma y más tarde, concluido su pensionado, pasó a Francia. Allí trabajó en contacto con el célebre retratista Marcel Baschet. En su patria fué nombrado profesor de retrato en la Academia de Bellas Artes de Berlín.

Llegó hasta nosotros sin ruido y ha continuado en silencio entregado al cumplimiento de su deber; le ha faltado la marejada de loas con que suelen deificar, cuando así les place, las plumas sudamericanas; no ha habido té, ni cocktail, ni intelectuales invitados. Teniendo una situación en su patria y una representación oficial entre nosotros, no

viene el señor Rössner a hacer la América como acostúmbrase decir.

No me ocuparé en esta ocasión de la importante y excelente obra del profesor, que, por otra parte, Mr. Richont Brunet estudió en un artículo publicado en «El Mercurio» durante los días en que la exposición del maestro permaneció abierta en la Escuela de Bellas Artes. En ese artículo Mr. Richont Brunet hizo el justo elogio de las cualidades de dibujante del señor Rössner, del talento con que sabe penetrar en el carácter de sus modelos y del mérito de las condiciones plásticas de su pintura. Son las ideas estéticas, más valdría decir las pedagógicas, del profesor las que yo quisiera, harto temeroso de traicionarlas, señalar a la consideración de quienes, en Chile, tengan alguna razón para ocuparse de las artes.



«Reflexión». Georg Walter Rössner.—Oleo.



«Tomás el cazador». Georg Welter Rössner.—Oleo.

Estas ideas no son las nuestras, no son las que sostienen los de avanzada, los que llevan en la mano y en la inteligencia clarividente la antorcha con cuyos destellos alumbran y penetran en lo futuro. No son ésas, no. El profesor Rössner sabe que si en alguna forma conocemos el pasado, busca la humanidad el porvenir en las tinieblas; cree el señor Rössner que es necesario al pintor el conocimiento del oficio, que la anatomía y la perspectiva [figurarse! son nociones necesarias a la formación de un artista; cree ¡demonios! que el dibujo ha de ser entendido con preci-

sión. Mejor sería entenderlo con inteligencia, pero en defecto de ésta, dice, la exactitud es mucho. Piensa, además, que la enseñanza no ha de hacerse a base de ismos ni de modas. El maestro que nos envía Alemania desea, en suma, que le detestemos. Manifiesta, por otra parte, muchísimo desdén por las teorías, y en esto le acompaño gustoso. Las teorías llegan a hacer estéril el mundo del arte. Nosotros conocemos muchísimas. Hay que ir a la naturaleza sujetándose a ella, dicen unos; hay que interpretarla, piensan otros, el arte es la conjugación de planos o de volúmenes en el espacio, argumentan aquéllos; es la plástica pura, dicen éstos, y no tiene por qué ser representativa. Son los partidarios de eso que llaman el arte abstracto. ¿Les entendéis vosotros? Como yo, más o menos. Lo que suele costarnos más penetrar es el misterio de sus obras. Ellos mismos, los iniciados, se entienden mal sobre este capítulo. Es porque en nuestros tiempos las teorías preceden con mucho a las obras. No siempre ha ocurrido la misma cosa. Manet, por ejemplo, que fué sostenido por la dialéctica de algunos escritores, hizo su aparición con el «Déjeuner sur l'herbe», obra que tenía una fuerte aspiración clasicista. Monet mismo se inicia con cuadros que señalan su educación tradicional y que críticos autorizados estiman como las más bellas de sus producciones. Entre nosotros, el imberbe que no ha intentado nunca construir una academia, ni siquiera una cabeza, es ya un manantial de dialéctica. No intentéis criticarle, diciéndole que sus figuras se dislocan atrocemente, que sus paisajes carecen de perspectiva lineal y aérea, porque responderá que a él no le interesan esas cosas, que sus preocupaciones son otras, que él no es ese espejo en que se reflejan las formas y los colores de que hablaba Leonardo. Él es creador, él es viden-



«El tambor». Georg Walter Rössner.—Oleo.

te, él procede por una inspiración desatada y sin control. Si queréis criticarle, demostradle primero que no está en la teoría y acaso entonces habréis dado en el tendón de Aquiles. Pero cuidado que las teorías son escurridizas y tan invulnerables como los fantasmas y los espejismos y así pareceríais más loco que don Quijote, quien, a lo menos, se las había con odres de vino y molinos de viento.

Todo esto no me lo ha dicho el profesor Rössner, pero me lo ha hecho pensar. El guarda para las cosas una comprensión indulgente y sabe que no se remedia fácilmente a todo, que el fenómeno ha sido universal y que no faltan signos precursores de una reacción.

No pretendo aquí llegar a conclusiones, ni pronunciarme sobre materias cuya resolución no me concierne; pero, eso sí, señalar este problema a la atención de quienes dirigen y enseñan me parece del mayor interés, como asimismo me interesa proponer a la juventud que se forma, produciendo obras que el candor y la pasión de la adolescencia le hacen creer magistrales, en vez de estudiar una duda, aunque pequeña, de tanta genialidad aparente.

Jorge Letelier.



«Joven en Azul». Geo.g Walter Rössner.—Oleo.